

tra ellas, como los Comuneros o, en otro sentido, los pícaros. Una dinámica que en unos casos recorre los canales establecidos en tanto que en otros se ve dificultada o impelida hacia adelante por actuaciones llevadas a cabo al margen o que intentan salirse de las vías establecidas.

El análisis de esta dinámica ocupa buena parte de la obra de Maravall, en sus estudios sobre la picaresca, sobre la pobreza y el trato a los pobres, sobre la rebelión de los Comuneros, o sobre lo que representan personajes literarios como La Celestina o el Quijote, por no citar sino algunos de los más relevantes. Todos ellos están recogidos en la amplia bibliografía que cierra esta cuidada edición de una obra cuya lectura sigue siendo actual, no sólo desde el punto de vista historiográfico, sino del presente. Una obra que reivindica, con argumentos que aún siguen siendo válidos, el papel de la Historia, el mismo que José Antonio Maravall seguiría defendiendo cuando, en *La Cultura del Barroco*, volvía a afirmar que «lo más propio de la Historia es garantizar que pueda cambiarse, de verdad, la marcha de un pueblo, que se le faciliten esos saltos en su órbita, esto es, que, en último término, se le abra vía libre a la plena posibilidad de gobernarse a sí mismo».

OBRAS CITADAS

- GRANET, MARCEL (1950): *La pensée chinoise*. Paris: Flammarion.
- LÓPEZ ALONSO, CARMEN (1990): «José Antonio Maravall o la historia como presente.» *Cuadernos Hispanoamericanos*, no. 477/478: 235-242.
- MARAVALL, JOSÉ ANTONIO (1972): *Estado moderno y mentalidad social*. 2 vols. Madrid: Revista de Occidente.
- (1975): *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*. Barcelona: Ariel.
- (1986): *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Taurus.
- (1979): *Poder, honor y elites en el siglo XVII*. 3ª ed. 1989 ed. Madrid: Siglo XXI.
- (1944): *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Carmen López Alonso

XAVIER GIL PUJOL: *Tiempo de política. Perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2006, 441 págs., ISBN: 84-475-3127-9.

En un reciente libro de *egohistoire*, Daniel Roche, profesor en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) y actualmente uno de los mejores conocedores de la historia cultural francesa del siglo XVIII, señalaba que en

su país siempre se hacía «un poco de teatro cuando se analiza la historiografía, diciendo, por ejemplo, que la Escuela de *Annales* no hacía historia política». Marc Bloch, proseguía en sus aseveraciones Roche, «no sólo escribía historia política, sino que también impartía cursos de historia política». Es más, «actualmente, tanto en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París como en las diferentes universidades francesas, existen personas intentando escribir otra historia política, siguiendo el modelo americano de estudiar las instituciones a partir de la historia de los rituales o las fiestas».

El panorama historiográfico español, si exceptuamos los tres años de guerra civil (1936-1939) y la larga dictadura del general Francisco Franco (1939-1975), en cierto modo resulta muy similar al señalado por Roche para Francia. También aquí, los historiadores, sobre todo los modernistas, hemos tendido a hacer «un poco de teatro» subrayando la falta de una historia política con anterioridad a las décadas de los ochenta del pasado siglo XX. Como si ésta surgiera prácticamente de la nada. Para empezar, conviene indicar que historia política, aunque con significativas diferencias de método, enfoque y exposición, la practicaban en España, durante el periodo de esplendor de Fernand Braudel y los segundos *Annales*, toda una serie de docentes e investigadores de historia y derecho en las universidades de Madrid, Barcelona, Valencia, Salamanca y Zaragoza y que, para mayores señas, se aglutinaban en torno a José Antonio Maravall, Luis García de Valdeavellano, Miguel Artola, José María Jover Zamora, Juan Beneyto, Luis Diez del Corral y Jesús Lalinde, entre otros. Sin embargo, hay que matizar que todos ellos sin excepción, debido al aislamiento que sufrían las ciencias humanas y sociales en España por los desgraciados hechos apuntados arriba, estaban muy lejos de discutir, debatir y crear corrientes historiográficas en la línea de Fritz Hartung, Herbert Butterfield, Federico Chabod, Reinhard Koselleck y Otto Brunner, autores que como es sabido resultaron fundamentales en el campo de la historia política, institucional e intelectual de las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta del pasado siglo XX.

Continuando con el ejemplo hispano, los modernistas españoles tendremos que esperar a que Jaume Vicens Vives marque el rumbo de los futuros estudios de historia política de la España moderna con su imprescindible «Estructura administrativa estatal en los siglos XVI y XVII», ponencia publicada en el XI Congreso de Ciencias históricas de Estocolmo a poco de morir su autor en Lyon en 1960. Sintetizando mucho, Vicens ya examinaba en este seminal trabajo cómo se efectuó el tránsito de los pequeños equipos de gobierno de las monarquías autoritarias del Renacimiento a la compleja organización administrativa que requerían los estados absolutos de los siglos XVI y XVII, fijando muy especialmente su atención en los problemas suscitados por la edificación de la complicada estructura polisindial del estado de los Austrias españoles y en las facetas particulares que en él presentaban la corrupción de los funcionarios y la venta de oficios.

La historia agraria de Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Goubert y René Bahrel, primero, y la historia de las mentalidades y la muerte de Pierre Chenu, Michel Vovelle y Philippe Ariès después, convenientemente alimentadas con la rigurosa metodología de Ernest Labrousse, Pierre Vilar y Maurice Agulhon, hicieron caer en el olvido el revolucionario programa historiográfico propuesto para los trabajos de historia política de España por Vicens Vives. Así, si es cierto que en las décadas de los setenta al público asistente a las universidades y los congresos de historia se les pedía cierto rigor y conocimiento a la hora de hablar y escribir de economía y sociedad, no es menos cierto que no se exigía lo mismo cuando se mencionaban términos políticos como por ejemplo patria, nación, estado y comunidad. Precisamente no es hasta principios de los ochenta cuando un pequeño pero activo círculo de historiadores y juristas, educados todos ellos con los antiguos maestros citados anteriormente y familiarizados con la historia económico-social gracias a la realización de sus tesis doctorales sobre la crisis del antiguo régimen en las distintas y emergentes comunidades autónomas de España, replantea la forma de hacer historia política. En lo que a la historia moderna de España se refiere, hay que indicar que para que todo este despegue fuera posible resultó fundamental la publicación de *Imperial Spain, 1469-1716* (Londres, 1963), por aquel entonces obra de un joven y desconocido profesor de historia de Europa de Cambridge de treinta y tres años llamado John H. Elliott, e introducida certeramente en los planes de estudios de historia de los setenta por su galanura literaria y por su perfecto maridaje entre un afán de rigor y objetividad, al margen de las gangas ideológicas que todavía lastraban las interpretaciones del pasado que se hacían en la España franquista. A la obra de Elliott hay que añadir, con casi treinta años de diferencia, *Fragments de Monarquía* (Madrid, 1992), de Pablo Fernández Albaladejo, un libro denso y estimulante, y que, como su título indica, alude al paisaje surgido en la historia moderna española tras los debates de cuestionamiento de la categoría de estado moderno y su impostada voluntad totalizadora. Ambos textos, qué duda cabe, han sido decisivos para que hoy la «nueva historia política» goce de amplio predicamento dentro y fuera de nuestras fronteras. Sea como fuere, lo cierto es que entre finales de los ochenta y noventa del pasado siglo XX, en las facultades de historia de España se dio de lado al debate de la transición y las revoluciones burguesas para pasar a hablar de libertades positivas y negativas, de identidades y de representación en las comunidades políticas del *ancien régime*. La «nueva historia política» ya no hacía historia *événementielle e immobile*, como los historiadores políticos más tradicionales, sino una verdadera *histoire-problème*. Ahora, de lo que se trataba era de estudiar las sociedades del pasado desde sus propias categorías históricas y su lenguaje, sin implementar las de nuestro presente, y conformarse además un sólido *background* intelectual leyendo con fruición y sistema los libros de Carl Schmitt, Ernst Kantorowicz, Norbert Elias, Michel Foucault, Karl Polanyi y Norberto Bobbio, entre otros.

Tiempo de política, de Xavier Gil Pujol, se encuadra en esta apasionante y prometedora línea de investigación descrita. Y lo hace por una doble vía. La primera, por ser su autor uno de los pocos discípulos españoles de John H. Elliott cuando éste era profesor en el Instituto de Estudios Avanzados de la universidad de Princeton. Y la segunda, por ser un lector atento y voraz a lo mucho y bueno que se viene publicando sobre esta corriente de pensamiento en el Reino Unido, Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, España y Portugal. Tanto los mencionados trabajos de Elliott y Fernández Albaladejo, como los de Felix Gilbert, Quentin Skinner, John G. Pockock, Gerard Oestreicht, John Morrill, Peter Burke o Roger Chartier han servido de inspiración y soporte a Gil Pujol para elaborar cada uno de los capítulos que componen este fascinante libro. Su autor no es ningún desconocido. Profesor en la universidad de Barcelona e investigador visitante en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y en la universidad John Hopkins de Baltimore, se ha especializado en las cortes de Aragón de la Alta Edad Moderna y en su peculiar tratadística política, publicando sobre ambas temáticas un puñado de interesantes artículos y capítulos dentro y fuera de nuestro país. Desde el estudio del poder hasta los lenguajes políticos pasando por la ausencia de revueltas y revoluciones en España similares a las que se produjeron en Francia e Inglaterra, *Tiempo de política* reúne diez ensayos historiográficos anteriormente publicados y que, muestran con certero tino, la *gran transformación* sufrida por la historia política española desde 1983, eclipsada sin duda por la eclosión de la historia social y económica francesa en los años setenta del pasado siglo XX. En todos ellos se abordan temas clásicos (estado moderno, absolutismo, revolución, contrarreforma, centralización) que aparecen bajo nuevas perspectivas de análisis (prosopografía, biografía, narrativa, microhistoria, historia desde abajo, giro lingüístico). Una breve «introducción» reivindicando la necesidad de los estudios de historiografía como la mejor de las formas posibles para progresar la ciencia histórica, y un «epílogo» en el que se traza con meridiana claridad el camino actual de la historia política, entendida más como cultura que como historia propiamente dicha, dan a este trabajo un empaque y una coherencia retrospectiva muy estimulante para un lector libre de las ataduras que desgraciadamente nos imponen la especialización temática. Llama la atención que Gil Pujol no haya incluido en esta recopilación de trabajos uno dedicado a la generación de políticos españoles que leyó a Jean Bodin, sin duda uno de los mejores que han salido de la pluma de su autor, indispensable para entender la cultura política de España de finales del siglo XVI, y sin duda mucho más acorde con toda la temática que envuelve a este libro que el merecido pero accesible artículo-homenaje a John H. Elliott que publicara la universidad de Lleida en el 2001. Con todo, estas cuestiones no restan valor e interés a un trabajo que me atrevo a vaticinar resultará de obligada lectura para todo aquel que quiera ahondar, en clave política, en el complejo y fragmentado panorama historiográfico español actual.

José Antonio Martínez Torres